

Theodore Sturgeon

Venus más X



Despertó con terror. Estaba en una celda de plata y todo lo que podía recordar era su nombre: Charlie Johns. Más tarde le dijeron que estaba en Ledom... un país donde las personas eran cultas, amables y gentiles, pero algo... extrañas: sus ropas, sus costumbres. Pero hasta que no advirtió dos hombres preñados no supo que Ledom era... *Venus más X*.

Con absoluta independencia del tema tratado

PARA GERTRUDE

Y su Isaac

—Charlie Johns —gritó urgentemente Charlie Johns—. ¡Charlie Johns, Charlie Johns! —porque esa era la absoluta necesidad... saber quién era Charlie Johns, no perder ni un solo segundo, por nada, nunca.

—Yo soy Charlie Johns —dijo argumentativamente, y luego lo dijo de nuevo, esta vez quejumbrosamente. Nadie lo discutió, nadie lo negó. Estaba tendido allí en la cálida oscuridad con las rodillas dobladas y los brazos cruzados sobre ellas y la frente apoyada con fuerza contra sus rótulas. Veía ante sí como una palpitación roja, pero eso era dentro de sus párpados, y él era Charlie Johns.

C. Johns grabado en la tapa de un baúl, escrito a mano con un rotulador negro en un diploma universitario, a máquina en una hoja de nómina. *Johns, Chas.*, en la guía telefónica.

El nombre, de acuerdo. Correcto, magnífico, excelente, pero un hombre es algo más que un nombre. Un hombre es alguien con veintisiete años de edad, que se peina del mismo modo cada mañana ante el espejo y le gusta echar unas gotas de Tabasco en los huevos fritos (bien cocidos: la clara firme, la yema goteante). Había nacido con una malformación en un dedo del pie y con estrabismo. Sabía freír un bistec conducir un coche amar a una chica manejar una multicopista ir al baño lavarse los dientes incluido el puente fijo segundo incisivo superior izquierdo y premolar. Salió de casa con tiempo de sobra y llegará tarde al trabajo.

Abrió los ojos y no era en realidad una palpitación roja, sino gris —un frío gris plateado venido de ninguna parte, como el rastro de un caracol sobre hojas de lilas—, algo

primaveral, sí. Era primavera, oh ese tiempo primaveral; y había habido amor la noche pasada, Laura, ella...

Cuando se acaba de adelantar la hora en el verano, el atardecer parece durar siempre, y uno puede hacer muchas cosas. Cómo había suplicado a Laura que subiera arriba su biombo; ¡si Ma hubiera visto aquello! Y abajo en el maloliente sótano de Laura, moviéndose en la semioscuridad con el biombo bajo el brazo, se había metido entre las colgantes bisagras de una contraventana desechada y se había hecho un agujero en sus pantalones marrones de tweed y una buena magulladura (con hilos de tela y herrumbre pegados a ella) en el muslo, pero había valido la pena, había valido la pena, toda aquella tarde eterna con una chica, una auténtica chica (ella podía demostrarlo) durante todo aquel largo atardecer; ¡y todo el camino a casa desde su amor!, y el aquí y ahora, y la primavera por supuesto, ¡y oh por supuesto el amor!, decían las ranas de San Antonio, las lilas, el aire, y la forma en que el sudor se secaba en él. (Es bueno... esto es bueno. Es bueno ser parte del aquí y ahora, y la primavera por supuesto, y oh por supuesto el amor; pero lo mejor de todo es recordarlo, saberlo todo, Charlie). Mejor que el amor, simplemente recordar la casa, el camino entre los altos setos, las dos farolas blancas con el gran 61 pintado en negro en cada una de ellas (Ma los había pintado por cuenta del propietario; era hábil con sus manos), sólo que ahora estaba todo ya muy gastado por el tiempo, sí, incluso las manos. La entrada con la pared de cobre grabado lleno de buzones y los discretos timbres de los inquilinos, y la rejilla del interfono que nunca había funcionado desde que se habían mudado allí, y aquella masiva placa metálica cubriendo sólidamente la cerradura eléctrica, que durante años él había abierto con un golpe de su hombro, sin siquiera disminuir el paso... y acércate, acércate, porque es tan importante que recuerdes; nada de lo recordado es importante; es recordar lo que cuenta; ¡tú puedes!, ¡tú puedes!

Los escalones a partir de la planta baja tenían cantone-
ras de níquel pasadas de moda sujetando una moqueta ro-
ja gastada hasta la cuerda y deshilachada en los bordes. (La
señorita Mundorf enseñaba en primer grado, la señorita
Willard enseñaba en segundo grado, la señorita Hooper
enseñaba en quinto. Recuérdalo *todo*). Miró alrededor de
sí, tendido, recordando, a la plateada luz: las suaves pare-
des no parecían ni de metal ni de tela sino de ambas cosas
a la vez, y hacía mucho calor... siguió recordando, con los
ojos abiertos; los escalones del segundo al tercer piso te-
nían también las cantoneras de níquel pero no la moqueta,
y todos los escalones estaban desgastados, oh, muy liger-
mente; al subirlos, uno podía estar pensando en cualquier
cosa, pues aquel brusco clac-clac, tras el flap-flap de los
dos primeros pisos, te devolvía a la realidad y sabías donde
estabas...

Charlie Johns gritó:

—¡Oh, Dios!, ¿dónde estoy?

Se desdobló, rodó sobre su estómago, se puso de rodi-
llas, y entonces, por un momento, no pudo moverse más.
El interior de su boca estaba seco y caliente como las fun-
das de almohada bajo la plancha de su madre; sus múscu-
los, piernas y espalda estaban blandos y tan enmarañados
como el costurero que Ma iba a poner en orden algún
día...

... el amor con Laura, la primavera, las farolas con el 61,
el hombro contra la cerradura, escaleras arriba, flap-flap,
clac-clac y... seguro que podía recordar el resto del ca-
mino, porque había entrado en casa se había ido a la cama
se había levantado para ir al trabajo... ¿lo había hecho? ¿Lo
había hecho?

Se alzó temblorosamente, se arrodilló, se acuclilló débil-
mente. Su cabeza se inclinó hacia adelante y se quedó así,
jadeando. Observó la tela marrón de sus ropas, como si
fueran una cortina a punto de abrirse sobre algún descono-
cido pero inevitable horror.

Y así fue.

—El traje marrón —susurró. Porque allí en su muslo estaba el pequeño desgarrón (y bajo él la hinchazón de la magulladura con la marca del tejido) para probar que no se había vestido para ir al trabajo aquella mañana, que ni siquiera había llegado a subir al segundo piso. En cambio, estaba... aquí.

Puesto que aún no podía ponerse completamente en pie, fue encorvado de un lado para otro, avanzando sobre puños y rodillas. Parpadeando y bamboleando su inestable cabeza. En un momento determinado se detuvo y se tocó la barbilla. No tenía más barba de la que pudiera tener un hombre al regresar a casa desde una cita para la cual se hubiera afeitado.

Se giró de nuevo, y divisó una delgada y larga línea que describía un prolongado óvalo en la curvada pared. Era el primer rasgo distintivo que era capaz de descubrir en aquel lugar acolchado. Se lo quedó mirando con la boca abierta, y aquello no le proporcionó nada.

Se preguntó qué hora sería. Alzó su brazo y giró su cabeza y acercó su oído al reloj. Gracias a Dios, aún funcionaba. Lo miró. Lo miró durante largo tiempo, sin moverse. Parecía no ser capaz de leer la hora. Al menos era capaz de comprender que los números estaban puestos del revés, como reflejados en un espejo; el dos estaba donde debería estar el diez, el ocho donde debería estar el cuatro. Las manecillas señalaban lo que debería ser las once menos Once minutos, pero tenían que ser, si aquel reloj estaba funcionando realmente al revés, la una y once minutos. Y estaba funcionando al revés. El segundero así lo indicaba.

¿Y sabes, Charlie, le dijo algo por debajo del terror y el desconcierto, sabes que todo lo que tienes que hacer ahora es recordar? Estaba aquella vieja y terrible gruñona que tuviste hasta el tercero de álgebra en la universidad, y la tuviste en álgebra uno y suspendiste y tuviste que repetir, y luego volviste a tenerla en álgebra dos y en geometría dos

y tuviste que repetir... ¿recuerdas?, y luego en álgebra tres tuviste a aquella señorita Moran, y era como una IBM con dientes. Y luego un día le preguntaste algo que no acababas de comprender, y por la forma en que te respondió tuviste que seguir preguntándole... y ella abrió para ti una puerta que nunca habías sabido que estuviera allí, y ella misma se convirtió en algo... bueno, después de aquello, la observaste y supiste la razón de su actitud glacial, la férrea disciplina, la inflexible inhumanidad de la mujer. Simplemente estaba esperando a que alguien viniera y le hiciera preguntas sobre matemáticas un poco más allá, un poco más al margen del libro. Y parecía como si hiciera ya mucho tiempo que había desesperado de encontrar a alguien que acudiera a preguntar. Lo cual significaba para ella que su amor por las matemáticas era tal que hacía lamentable el que la palabra «amor» pudiera ser utilizada para alguna otra cosa distinta. Y también que, minuto a minuto, nunca podía llegar a saber si el muchacho que le hacía preguntas iba a ser el último que lo hiciera, o para quien abriera aquella puerta, porque estaba muriéndose de cáncer, sin que nadie llegara a sospecharlo nunca hasta el día en que simplemente no acudió a la clase.

Charlie Johns miró el fino óvalo en la suave pared plateada, y deseó que la señorita Moran hubiera podido estar allí. Deseó también que Laura pudiera estar allí. Podía recordarlas a las dos tan claramente, pese a que estaban separadas tantos años la una de la otra (¿y cuántos años, pensó, mirando a su reloj de pulsera, cuántos años de mí?). Deseó que Ma pudiera estar allí, y también la pelirroja de Texas. (Había sido la primera para él, la pelirroja; ¿y cómo se hubiera entendido con Ma? Y a propósito, ¿cómo se hubiera entendido Laura con la señorita Moran?).

No podía dejar de recordar; no se atrevía, y no deseaba parar de hacerlo. Porque mientras siguiera recordando, sabía que era Charlie Johns; y aunque podía hallarse en un lugar desconocido sin saber qué hora era, no estaba perdi-

do, nadie está definitivamente perdido mientras sepa quién es.

Gimiendo por el esfuerzo, se puso en pie. Estaba tan débil y tan atontado que sólo podía mantenerse erguido separando mucho los pies; sólo podía andar agitando mucho los brazos para mantener el equilibrio. Se dirigió hacia la casi inapreciable línea ovalada en la pared debido a que era la única cosa allí hacia la cual podía dirigirse, pero cuando intentó avanzar directamente hacia ella se encontró andando en diagonal hacia un lado; era como aquella vez (recordó), en la casa de la risa en Coney Island, donde te meten en una habitación y la cierran y luego sin que tú lo sepas la inclinan un poco hacia un lado, dejándote sin ninguna referencia exterior, con sólo espejos verdosos para mirarte a tí mismo. Tenían que limpiarla con una manguera de cinco a seis veces al día. Ahora se sentía igual, pero tenía una ventaja; sabía quién era, y además sabía que estaba descompuesto. Tropezó en la suave curva allá donde el suelo se convertía en pared, y cayó sobre una rodilla que se hundió en la elástica plata, y gruñó:

—Ya no soy yo mismo, eso es todo. —Entonces oyó claramente sus propias palabras y saltó en pie—: ¡Sí soy yo! —gritó—. ¡Soy yo!

Vaciló hacia adelante, y puesto que no había nada a lo que agarrarse en el óvalo —era tan sólo una línea delgada, más alta que él—, se apoyó.

El óvalo se abrió.

Había alguien aguardando fuera, sonriendo, vestido de tal modo que Charlie jadeó y dijo:

—Oh, le pido perdón... —y luego cayó de bruces.

Herb Raile vive en la zona residencial de Homewood, donde es propietario de cincuenta metros sobre Begonia Drive, y ochenta metros hasta donde empiezan los ochenta y cinco metros de Smitty Smith, y una fachada de cincuenta metros que da a Calla Drive. La casa de Herb Raile es de una sola planta construida a distintos niveles, la de Smith es tipo rancho. Los vecinos de Herb a derecha e izquierda tienen también casas de un solo piso a varios niveles.

Herb conduce su vehículo por el sendero de la entrada, toca el claxon, y asoma la cabeza por la ventanilla.

—¡Sorpresa!

Jeanette está cortando su césped con una segadora eléctrica y, con todo el ruido, el sonido del claxon la sobresalta más de lo habitual. Apoya su pie sobre la plataforma de la máquina y lo mantiene allí hasta que la cortacésped se para, y luego echa a correr riendo hacia el coche.

—¡Papá, papá!

—¡Papá, papá, papito! —Davy tiene cinco años, Karen tres.

—¡Oh, querido!, ¿cómo has regresado tan pronto?

—Ultimado el asunto del Arcadia, el gran hombre va y se dice: Herb, ve a casa y disfruta de tus hijos; te ves cansado. —Jeanette lleva unos shorts y una camiseta de manga corta.

—He sido un buen chico, he sido un buen chico —chilla Davy, rebuscando en el bolsillo de Herb.

—Yo también he sido buena —dice con voz muy aguda Karen.

Herb se echa a reír y la toma en brazos.

—¡Oh, pobre el hombre que te coja por su cuenta!

—Calla, Herb, ella aún no entiende de esas cosas.

—¿Has pensado en el pastel?

Herb deposita en el suelo a la niñita de tres años y se gira hacia el coche.

—*Preparación para pastel.* Mucho mejor cuando lo haces tú mismo. —Acallando los lamentos de ella, añade—: Yo lo haré, yo lo haré. Puedo hacer un pastel mejor que cualquiera que hayas hecho tú nunca. Mantequilla, papel higiénico.

—¿Queso?

—Maldita sea. Me entretuve hablando con Louis. —Toma la bolsa y entra en la casa para cambiarse. Mientras está dentro, Davy pone el pie allá donde Jeanette puso el suyo cuando paró el cortacésped. La plataforma aún está caliente. Davy va descalzo. Cuando Herb vuelve a salir, Jeanette está diciendo:

—Chisst. Silencio. Sé un hombre.

Herb lleva unos shorts y una camiseta de manga corta.

No fue un modesto pudor virginal lo que hizo que Charlie Johns cayera de aquel modo. Cualquier cosa hubiera podido producir el mismo efecto: un rayo de luz en su rostro, la repentina aparición de unas escaleras descendentes. Y, de todos modos, hubiera pensado que se trataba de una mujer, vestido de aquel modo. No había sido capaz de pensar en otra cosa que en mujeres desde que se descubrió en aquel compartimento... Laura, Ma, la señorita Moran, la pelirroja de Texas. Podía ver que un rápido examen a aquel personaje hubiera hecho pensar lo mismo a cualquiera. Aunque en realidad, en este momento precisamente, no podía ver nada; estaba tendido de espaldas sobre algo blando pero no tan esponjoso como el compartimento... algo más bien parecido a las camillas que tienen en los hospitales. Y alguien estaba curando delicadamente un corte en la parte alta de su frente, mientras una suave tela húmeda y fresca con un lejano aroma de hamamelis cubría el resto de su frente y sus ojos, como una bendición. Pero, quienquiera que fuese, estaba hablándole, y aunque no podía comprender ni una palabra era impensable que fuera una voz de mujer. No era un *basso profundo*, pero no era una voz de mujer. Oh hermano, vaya atavío. Imaginen una especie de bata de baño corta, color escarlata profundo, con cinturón, pero muy abierta por encima y por debajo. Por la parte superior se estrechaba detrás de los brazos, y se remataba en la nuca con una especie de cuello rígido que se elevaba más arriba del cráneo; tenía la forma del respaldo de una silla tapizada, y casi era tan grande como él. Bajo el cinturón el atuendo se abría hacia atrás, forman-

do allí como una cola de frac que le daba un cierto aire de traje de ceremonia. Por la parte delantera, bajo el cinturón, había una especie de adorno sedoso que recordaba la bolsa que los escoceses llevan delante en su falda y que ellos llaman morral. Unas zapatillas de tela elástica de apariencia muy suave, del mismo color que el resto de la ropa, y cuyas afiladas puntas se curvaban blandamente por delante y por detrás, cubrían sus pies hasta la mitad de los tobillos.

Fuera cual fuese el tratamiento, eliminó las palpitaciones de su frente con una brusquedad casi alarmante. Permaneció tendido por un momento, temiendo que el dolor volviera tan repentinamente como se había ido, pero no lo hizo. Levantó tentativamente una mano, y la tela fue retirada de sus ojos de inmediato y se halló mirando directamente a un rostro sonriente que desgranó algunas fluidas sílabas rematadas con un gorjeo interrogativo.

—¿Dónde estoy? —dijo Charlie.

El rostro alzó las cejas y rió de una forma agradable. Unos firmes y fríos dedos tocaron sus labios, y la cabeza se agitó en un signo de negación.

Charlie comprendió y dijo:

—Yo tampoco le entiendo a usted. —Se alzó sobre un codo y miró alrededor de sí. Se sentía mucho más fuerte.

Estaba en una amplia habitación que tenía groseramente forma de T. La mayor parte del palo de la T estaba ocupado por la... llamémosle celda acolchada de la que acababa de salir; su puerta seguía aún abierta. Irradiaba, tanto fuera como dentro, aquella suave y fría luz plateada cuya fuente era desconocida. Parecía una enorme calabaza con alas.

Toda la barra transversal de la T, del techo al suelo y de lado a lado, era un enorme y único panel transparente. Charlie pensó que quizá hubiera visto alguno tan enorme en el escaparate de unos grandes almacenes, pero lo dudaba. A cada extremo de la T había cortinajes; supuso que ocultaban puertas.

El exterior era algo que quitaba el aliento. Un campo de golf puede presentar a veces prados verdes parecidos a aquél... pero no kilómetro cuadrado tras kilómetro cuadrado. Había grupos de árboles aquí y allá, de naturaleza tropical; su incuestionable y lujuriente esplendor era tan vivido que más que visto podía ser sentido; y había palmeras de todas clases... datileras, cocoteros, palmitos; y helechos arborescentes y cactus llenos de flores. En un grupo de ruinas de piedra, tan pintorescas que casi parecía que habían sido construidas tal cual a fin de darles precisamente el aspecto de pintorescas ruinas, se erguía una magnífica higuera trepadora de casi treinta metros de alto, con sus largas raíces aferrantes y sus múltiples troncos siguiendo las profundas ondulaciones de su reluciente follaje.

El único edificio visible —y ellos estaban a bastante altura... doce o catorce plantas, calculó Charlie, y sobre una elevación del terreno— era algo simplemente imposible.

Imaginen un cono... un gorro de asno. Prolonguen tres o cuatro veces su altura en relación a su anchura. Luego dóblenlo en una curva graciosa, casi un cuarto de círculo. Después inviertanlo, claven su delicada punta en el suelo y aléjense, dejando su gruesa base curvada hacia arriba y hacia un lado y sin apoyo de ninguna clase. Ahora hagan que todo el conjunto adquiriera unas dimensiones de casi ciento cincuenta metros de altura, con grupos de ventanas agradablemente asimétricas y caprichosamente distribuidas resplandeciendo aquí y allá como joyas, curvados balcones que parecían surgir de, y no haber sido añadidos a, la superficie, y tendrán una idea de aquel edificio, de aquel imposible edificio.

Charlie Johns lo miró, luego miró a su compañero, y luego, con la boca abierta, de nuevo al edificio y otra vez a su acompañante. El hombre parecía y no parecía humano. Los ojos estaban demasiado separados y eran demasiado largos... un poco más de ambas cosas, y los hubiera tenido a los lados en vez de al frente de su cabeza. La mandíbula